

umbria de Ojalora y del morro de los Buitres, era grande, atigrada de pardo y negro, con magnífica cola anillada de blanco.

Todos los cazadores llegaron tristes: hasta los perros.

En la comida no hubo más accidente digno de apuntarse sino el haber puesto, no sé quién, detrás del asiento del médico, un palo de escoba, colgando de su extremo el gato, y un cartel con estos ocho versos:

—¡Allí va á haber cada res!...—
el médico nos decía.
¡Y las reses que allí había
eran un gato montés!
Por esta razón, yo quiero
(y ustedes resolverán)
que el nombrado capitán
sea descendido á ranchero.

Pero fué en balde: D. Saturnino oliscó la broma, y no vino á comer con nosotros, ni supimos de él aquella noche.

Después de la comida, las escopetas negras inventaron dos ó tres gracias de niños, de las que creo son de ene en las monterías. Una de ellas consistió en rebozar á Trillo la cara con harina, envolverlo en una sábana, y haciéndose el muerto, llevarle sobre los hombros cuatro zamarros de aquellos, con acompañamiento de otros seis ó siete con velas encendidas en las manos, y entrar el entierro en el comedor.

Otra de las bromas fué poner en el suelo, á la puerta de la casa, un lazo de cuerda para coger por una pierna al que pasara descuidado por cima de él, y si á mano venía desnucarlo sencillamente del tirón.

El hato estaba descentralizado en cuatro ó cinco cantones en derredor de la casa; cada uno de estos hatos parciales se componía de un círculo de piedras en torno de una hoguera, sentados en ellas unos cuantos tiradores, algunos comiendo bacalao crudo con pan, y otros acostados, liados en los capotes, sobre colchones de brezo ó de romero.

Ruiz y yo salimos á recorrer los hatos, y en uno de ellos, donde estaban los buenos manchegos muy engolfados en conversación, no nos acercamos, sino que nos quedamos en la penumbra de la hoguera y oímos lo siguiente, que yo fui copiando y lo traslado aquí, tal como lo dijeron sus autores, sin quitar ni añadir sílaba ni coma:

—Estaba yo *descuidado* (debía referirse á una cacería pasada), y sentí por la hornera los *gipios* de los perros; comienzo á atrochar monte y me pongo delante de la res, que era un *venao* albareño, de mucha cuerna y corpulencia, de catorce puntas, no como el *arocho* que

mató el Chorre ogañazo, y le solté la llave y me marró; pongo otro pistón y va y me *ice* el Tieso que me *rebaje*, y entonces entró él por el mancho y salió el *venao* á atropellarme, con que le arrimé dos almendras en las volanderas y lo *ejé seco*.

—Tú, Rosalío: coge la *vigüela* y ensáyala por la patilla, como cuando *quiés* que *salga* la Laurencia.

—Ya te he dicho *milenta* veces que atento á Laurencia no me la toques, y *ejémonos* de *enfiturios*.

En el segundo hato que visitamos, cantaba un podenquero, á palo seco y con voz ronca y destemplada, estas dos coplas:

Vengo de la Porzuna,
y atrás me dejo
Navalpino y Arroba
y Fontanarejo.
Las ánimas benditas
de Miguelturra
las llevan caballeras
en una burra.

En el último por que pasamos se hablaba de caza, y en los breves momentos que estuvimos junto á la hoguera sólo escuché á uno que decía:

—Entró la res *sosquiná*; le di un balazo en las patas y *abociné*; saqué el *guchillo* y la *arrematé*.

A la mañana siguiente perdimos tres escopetas blancas. Un propio que llegó de Ciudad Real con cartas para Sauco, traía también un telegrama para Lafuente, en el cual le decía un amigo que volviera inmediatamente á Madrid, en razón á haberse puesto enferma una persona de su familia: sabido este disgusto, de que todos participamos, por D. Juan Manuel Almagro, puso su carro á disposición de Lafuente, que lo aceptó, para que lo llevase á la estación de Ciudad Real por más que tuviera él que demorar un día su viaje. Cerveró vió á San Pedro en el carro y al Can Cervero en la yegua, y obtando por la gloria, á pesar de ser su tocayo el portero del infierno, se zampó detrás de Lafuente dentro del vehículo, con un buen surtido de pares de perdices para regalarlas en Madrid, y nos deseó muy feliz montería, poniéndose, al saludarnos, los dos palmos abiertos y uno detrás de otro delante de las narices. Le perdonamos el pecado en gracia del cajón de botellas de manzanilla.

Olvidábaseme decir que Madroño, después de armar un escándalo la noche anterior por un error de camas, se había marchado aquella mañana muy temprano en un bagaje menor, después de habernos perdonado á todos.

Bien desayunados, despedidos del Sr. Almagro y



Jabali apurado

agradecidísimos á sus favores, salimos los monteros hacia las sierras que íbamos á batir: la mañana estaba entoldada, el buen humor iba con nosotros, y, según la orden que dió el capitán á Trillo y á los criados, el campamento debía encontrarse establecido, al anochecer, á una legua de allí, en un soto á orillas del Guadiana. Saucó encargó al mayordomo que hubiera cortada, á nuestra llegada, mucha leña.

Á Juan Gil, que montaba el rocín blanco, le hicimos ir delante de todos, por si acaso; seguía Saucó en su caballo, el Marqués en el suyo, Sierra en un borrico, el hijo de Saucó en la yegua de Lafuente, Ruiz en la de costumbre, yo en la de Cerveró, y detrás de mí el ingeniero, de gafas, sobre su burra blanca, que sabía gramática, cubierta la albarda con una manta azul y el rifle sobre el borrén delantero: un bagajero, hombre para el caso, era la eterna roca en que se estrellaban las furiosas oleadas de rabia de Mondéjar cuando la burra tropezaba. Soto, Camacho y Eduardo, aunque tenían caballerías, iban á pie. Las escopetas negras marchaban muy delante de nosotros con D. Saturnino y sus tenientes.

II

El camino que llevábamos era el de la Canaleja, pasada la cual entramos en un desfiladero de vereda tan angosta y tan resbaladiza, que nos vimos precisados á echar pie á tierra y conducir los caballos del diestro, cuidando de sentar bien las suelas para no caer por el borde del barranco. A nuestra derecha serpeneaba entre los árboles el río Ojalora, cuyo curso seguíamos, y el cual nos ofrecía cada vez paisajes más risueños: recuerdo una pequeña península, que desde la orilla avanzaba hasta la mitad de la corriente, formando una planicie alfombrada de césped, en la cual campeaba sólo un fresno gigante y pomposo, con colgaduras de parras encarnadas. Entramos, por fin, en la rafia, y á poco empezamos á subir una sierra, donde había un sinnúmero de variedades de monte bajo: madroñeras cubiertas de fruto, brezos, lentiscos, chaparros, pingosas jaras, cornicabra, romero, juagarzo blanco, y no sé cuántas especies más: el terreno era muy pedregoso. Yo monté en mi yegua no bien pasamos el desfiladero: aquella caminata era imposible de zapatillas.

Antes de subir este monte, en el vado del Pedregal,

se marcharon por una trocha los ojeadores y las escopetas negras, que debían ocupar la cuerda de la solana de Alcornocal, que íbamos á batir. Nosotros bajamos por la ladera opuesta á la que subimos, y al llegar á la rafia nos encontramos al pie de la solana, designándonos los puestos D. Saturnino. Como en el Campillo, me situé con Saucó detrás de unas matas: quitamos las piedras, colocamos las mantas, cargó aquél la escopeta, encendimos los cigarros y nos recostamos, llevándose mi bagajero los caballos.

Una de las cosas más admirables en las monterías es el silencio sepulcral de aquellos mares de verdura; no se oía más que el pitío, desagradable por cierto, de un pájaro; el sol jugaba al esconder entre las nubes; la temperatura era inmejorable; una racha de viento comenzó á agitar mansamente las ramas.

—Nos hemos fastidiado,—me dijo Saucó.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque ha cambiado el viento: viene del sur y se lo echamos á las reses, y las que vengan de buenas nos olerán.

Sin haber llegado aún hasta nosotros las voces ni los trompetazos de los ojeadores, sonaron dos tiros en la cuerda, hacia nuestra derecha, y momentos después otro, y seguidamente escuchamos ladridos lejanos de perros, y al cabo de un rato unos gritos.

—¿Qué dices?—preguntaron de abajo.

—Que suban una caballería,—respondieron de arriba.

Á Saucó aquel diálogo le contrarió sobremanera.

—¡Quién ha visto,—exclamaba,—interrumpir la batida, apenas comenzado el ojeo, para recoger una res muerta, que es sin duda el propósito con que piden esa caballería! ¡Eso no son cazadores, ni nada!

En aquel instante comenzamos á oír el «juh! juh! juh!» de Rosalío, el «¡Ahí peeerros!» de Albareña y la corneta de Serafín.

Los perros no ladraban.

—¡Una res!—dijo Saucó.—Oiga V., y no se mueva.

Efectivamente: me volví todo oídos, y percibí, cada vez más cercano, el ruido seco y acompasado del galopar de un ciervo sobre aquel terreno duro y pedregoso, y el roce violento de un cuerpo por entre las matas.

—Levántese V. ya,—añadió mi compañero, haciéndolo él también con la escopeta á la cara.

Como á treinta pasos de nosotros y en nuestra dirección, con la esbeltez peculiar de esos animales, venía una cierva no muy grande.

—¡Hola, amiguita!—le gritó Saucó, dando dos palmadas con la mano derecha en la culata de la escopeta.



Jabalíes luchando. (Grupo escultórico.)

La res giró con pasmosa rapidez; pero más rápida aún salió la bala del cañón. El animal dió un salto, corrió luego como unos cuarenta metros, se detuvo, volvió la cabeza hacia nosotros, se besó después la herida, que la tenía en el cuarto delantero, anduvo como cincuenta pasos y cayó en tierra.

—Está muerta,—me dijo Saucó.—Quieto otra vez.

—¡Muy bien! ¡muy bien!—nos gritó, es decir, gritó á Saucó, Juan Gil, desde el primer puesto de nuestra derecha.

—¡Calla!—le contestó el felicitado.

Es indudable que en estos momentos se siente una